



Litografía de Teodoro Gérica.



Óleo del peruano José Gil de Castro.



Grabado de Núñez de Ibarra.

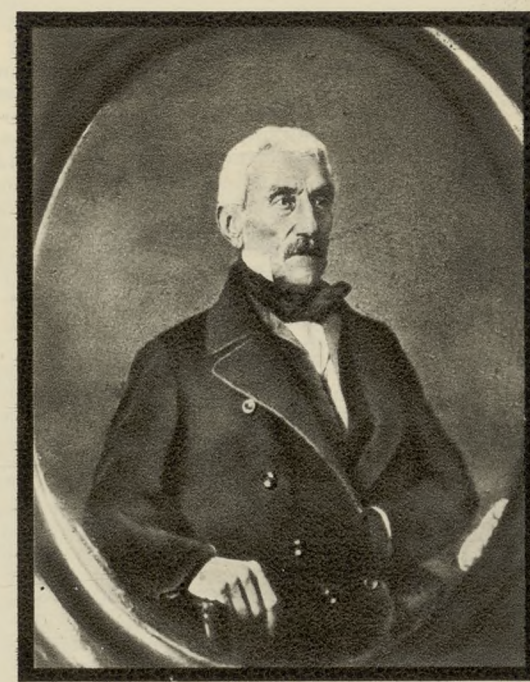
SAN MARTIN EN EL ARTE



Óleo del maestro de pintura de la hija de San Martín.



Litografía de Juan Bautista Madón.



Daguerrotipo realizado en 1848

I

CON su idea de San Martín, nuestro pueblo ya ve al héroe arriba, muy en alto, trasponiendo los Andes con su ejército libertador, por el mismo filo dentado de las cordilleras, al borde del abismo. El pueblo no precisa ni puede saber de otro modo la historia.

Y sin embargo todo fué así, a tanta altura, tan peligroso, tan audaz tan calladamente sereno y tan abnegado en la vida y en los hechos del héroe. Su abandono de España y su celada incorporación de hombre desconocido al grupo patriota de Buenos Aires; el milagro de vencer y conservar la vida en su bautismo americano de sangre en la batalla de San Lorenzo; su sacrificador cruce de las cordilleras, en el que sólo en monturas y mulas de carga la montaña le devoró las dos terceras partes; su triunfo de Chacabuco, donde en esa sola suerte jugó el destino de la Revolución; su noche de Cancha Rayada, amargo abono de su voluntad libertadora que preparó su victoria de Maipú, definitiva en la guerra de Sudamérica; su posesión y su Protectorado del Perú; su solución paternal del trágico conflicto de Guayaquil; su segundo destierro, el de su esperanza, el de su espíritu, cuando, en 1829, quiso volver a su patria, y llegó hasta el puerto de Buenos Aires, para retornar al destierro. En fin, todo; su vida, su salud, su matrimonio; todo, hasta la paz de su muerte, anduvo así, al filo del abismo; todo fué así, fructificado de lo imposible, en la historia del héroe. Él mismo lo dijo en esa contradictoria frase

hecha, pero estrictamente autobiográfica en su doble sentido, con que selló la agonía de su existencia: «c'est l'orage qui mène au port».

II

Los trabajos, los triunfos y la muerte del hombre, que el pueblo conoce siempre a su modo y a pesar de pesares, pues son sus trabajos, sus triunfos y su muerte, hacen historia psíquica en el curso permanente de la vida popular. Y lo que de esta historia viviente—distinta de la razonada y escrita—, se decanta por sí mismo en el espíritu del pueblo, como valor ético para afrontar los trabajos, los triunfos y las muertes que vendrán, es el culto, el culto y la cultura.

Sólo cuando la vida del hombre y el espíritu del pueblo se han unido en este plano cultural, el arte, que es testimonio de la unión de la vida con el culto del valor ético y forma expresiva de cultura, sólo entonces el arte puede dar fiel y cumplida cuenta de sus medios y del fin que los mueve, pues sólo entonces también son una misma cosa letra y espíritu.

III

Con su segunda batalla libertadora, la victoria de Chacabuco hizo cuerpo la primera consecuencia artística de la actividad histórica de San Martín. Fué un par de retratos pintados por el peruano José Gil de Castro, residente en Chile. Luego,

traído por el triunfo de Maipú y la visita del guerrero a Buenos Aires, en busca de apoyo para la prosecución de la campaña, se agregó el grabado de Núñez de Ibarra, efigie ecuestre complementaria de los honores que el Director Supremo, Pueyrredón, y la ciudad prepararon en recibimiento del héroe, pero que el hombre dejó adrede en blanco, pues que los eludió entrando de incógnito a refugiarse en su casa.

Ya definidos el caso heroico y la independencia sudamericana con la suerte de Maipú, nuevos retratos de Gil de Castro acompañaron a los anteriores y otra efigie ecuestre, ésta litografiada por Teodoro Gericault, primera publicación artística sanmartiniana de fuera del Continente, vino a agregarse a su modelo, el grabado de Núñez Ibarra. Poco más tarde llegaron, ya en su plástica de masas y movimiento, el teatro y los hechos mismos de la guerra, es decir Chacabuco y Maipú. De ambas batallas, sendas litografías de Gericault, y de la de Maipú, golpe definitivo en la suerte de Sudamérica, también un óleo de Mauricio Rugendas y otro de Apolinario Fran.

Está dicho pues que lo primero fué lo iconográfico y lo segundo las batallas en el arte pro San Martín. Tiempo romántico aquél, en el que Europa entera sentía la afición de representar, como una inmensa compañía teatral, las históricas antigüedades de Occidente, y en que el hombre común se tuteaba o creía tutearse con el espíritu, los legendarios oficios y los hechos del héroe, todo o casi todo el arte era heroico de afición. De ahí nos quedó a los sudamericanos el estilo declamatorio y grandilocuente que hasta hace poco no se nos despegaba. Y de ahí viene, por lo menos de ahí le vino a todo el siglo XX, que comenzó a mediados del XIX y hace treinta años ha terminado, el arte de homenaje, de puro homenaje a que en el arte se estuvo reduciendo lo heroico y lo histórico.

En tal estilo, fácil le fué a Gericault dibujar en Francia sus respectivas litografías de las batallas de Chacabuco y Maipú, como imposible se le hubiera hecho a Rugendas sustraerse a él en su hermosa batalla de Maipú, ello a pesar de la composición classicista y la airosa signación caracterológica del soldado chileno. Pero y con todo, los retratos pintados por Gil de Castro son caso aparte. Con su poder de documentación fisonómico-psicológica y la heredada grandilocuencia romántica, dosificada por el primitivismo sintetista de su espíritu y de su incipiente oficio, Gil de Castro ha transmitido a la historia una imagen de San Martín sin duda tan retratísticamente cierta y tan cumplida en cuanto a la personalidad heroica cuanto llena de sugerencias sobre lo que fueron entonces héroes, guerra, cultura y pintura de tierras de Sudamérica.

IV

El arte de los recibimientos, las proclamaciones y los homenajes, que aparece cual un eco inmediato de los hechos y los pasos del héroe, y que aquí y entonces, como siempre y en todas partes, tomó su inflexión de la de los modelos históricos y los legendarios, acompañó a San Martín hasta el día de su destierro voluntario y estratégico, resuelto a raíz del desacuerdo de Guayaquil, pues está aclarado que en bien de una armónica independencia americana el capitán de los Andes suspendió su empresa y la cedió a quien la deseaba. Pero también le siguió hasta el día de la partida y aún hasta la soledad del exilio, el otro coro, el del derrotismo, de las execraciones y las calumnias, el que igualmente sigue como eco inmediato de sus propios hechos y de sus propios pasos a todo héroe que de verdad lo sea y, asimismo, toma su modelo de la eterna maldición terrena.

Si por un lado alrededor de las presencias iconográficas y las efigies ecuestres cantaban las poesías cultas oficiales o de privada voluntad y por otro las coplas populares en las cuales también las había del bando contrario.

V

Así llega el guerrero a su destierro en Europa, en el que pasan años y años



«Revista de Rancagua», óleo de Juan Mauricio Rugendas.

de soledad y agonía espiritual. Pues, ¿quién es él ahora? Ahora, ni el heroico coronel de España, ni el que volvió a América para independizarla, ni el que murió y resucitó en San Lorenzo, ni el que cruzó, enfermo, ocho veces los Andes y así libertó medio Continente, ni el General San Martín, ni el niño de Yapeyú. ¡Qué extraño todo aquello!... ¿Y su patria? ¿Y América? El único vínculo civil con ellas eran la carta de tal cual amigo, a través de los meses y al cabo de los años, la visita de algún conocido o de una alma de paso que se creía llamada a la piedad.

Tan ralas, cartas y visitas, le confirmaban, en los detalles de los sucesos, lo que él había visto y previsto en esencia y por lo que había clamado desde mucho antes de ocurrir: la América de la Independencia era corroída por las ambiciones personales y las pasiones de banderías; las Provincias Unidas, el trozo mismo de vida que fué la patria de nacimiento, destrozado y ensangrentado por los caudillismos regionales y por el despotismo. Todo y lo único que había sido y era «el destino», en trance de perderse, a poco que algunos gobiernos europeos lo quisiesen perder. El otro, el héroe del Norte, muerto en el destierro y en el desprecio... «¿Valía la pena?»...

Fueron los años del peregrinaje por Inglaterra, Bélgica, Francia, y de las largas estancias de crónico convaleciente espiritual, sin trato con los demás hombres, sin fin conocido ni destino, en Bruselas, Grand Bourg, Boulogne sur Mer. Los años de «la educación de Merceditas», su hija; de «la juventud» y «la preparación» de Merceditas «para la vida»; del casamiento de Merceditas con el hijo de otro guerrero argentino, Balcarce; de la ausencia de Merceditas, ya

casada y ahora residente en Buenos Aires y los años de la presencia y el crecimiento de las hijas de Merceditas, sus nietas, todos muy plausibles pretextos, por cierto, para que también el héroe fenecido quisiera burlar a la historia, él en la forma de seguir viviendo y ocupándose de su difícil subsistencia y de su precaria salud. Fueron, tan confusos cuanto despreciados por sus sentimientos y su personal cronología, los años de los retratos de Juan Bautista Madou y del de la profesora de Merceditas, en Bruselas.

Se ha dicho que el desterrado aborrecía posar. Que él también opinó que Madou lo había sacado muy parecido en el retrato que le hizo (el de uniforme militar, no hablemos del otro), y que era su preferido el que le había mandado hacer Merceditas, pues que lo tuvo siempre colgado en su cuarto. Como para veras efigies de héroe estaba el hombre. Pero ¿qué había de hacer? ¿No era un signo del amoroso entendimiento de su hija respecto de aquel escondido llanto de años y años este retrato en posteridad que ella le había hecho pintar, donde él demoraba envuelto en la bandera argentina que estaba sosteniendo en el destierro, ausente del todo y por fin en ese después, mucho después de muerto? Y ¿qué tenía que hacer con las dos litografías de Madou? ¿Había pensado él en esos retratos de prócer, ni en otros, ni le importaba alguno? ¿No era igualmente un inopinado y temprano testimonio de la posteridad el retrato de Bolívar que también se mostraba en su cuarto? ¿Qué tenía que juzgar él? Además, como para glorias de héroe triunfal, envuelto en la bandera de todos, estaba la patria.

También eran esos, esos y otros, que vinieron después de la muerte del des-



«Batalla de Maipú», óleo de Juan Mauricio Rugendas.

terrado, los años decisivos de las batallas y los abrazos en el arte sanmartiniano. La de Chacabuco, la de Maipú; el abrazo de San Martín y O'Higgins en Maipú, el de los dos guerreros en Chacabuco. Más realistas y menos de pura ficción convencional éstos, más clásicos y artísticos aquéllos, más románticos los otros, el hecho es que, a pesar de todo, la historia que tiene su madre en las evocaciones colectivas comenzaba, aunque lenta, a imaginar históricamente a los hombres y la revolución de la independencia, y echaba ya una mirada política sobre el país, donde estaban sucediendo otros hechos, dignos también de llamar después su atención, precisamente a fuer de tremendos.

Descendieron entonces de la pintura de batallas y abrazos los documentales históricos al modo de «el combate de San Lorenzo», «el paso de los Andes», «San Martín en la cuesta del Portillo», «la revista de Rancagua», «el campamento del Plumerillo», transportados al arte por Villanueva, Subercaseaux, Pandori, Blanes, Boneo, Ballerini, Boucher, Blanqué, Coppini, y acompañados siempre de algún nuevo retrato, como el tan sugestivo que Rugendas dibujó en Chile, en líneas de apunte y los que provinieron ya del daguerrotipo, como el óleo de Merceditas y las aguafuertes de Castán.

Pero, sumergido siempre en su destierro, nada de todo eso vio ni supo jamás el héroe. Al comienzo por hallarse separado de las consecuencias de sus hechos por el sello que él mismo puso tras el exilio; después por el de rechazo y de olvido con que su tierra ratificó la ausencia. La muerte puso el tercer sello.

Sí, eran los contradictorios años en que casi todo hervía junto, aunque no había sido puesto junto por el tiempo: la guerra civil y los odios internos; los ataques y los intentos de invasión desde el exterior; la unidad y la organización; el deslumbramiento del modelo extranjero y del progreso. Los años del lento autorreconocimiento histórico y del homenaje historicista en el arte sanmartiniano.

VI

Consumado el sacrificio, muerto el héroe, muertos los héroes, pues fueron numerosos los de la Independencia, muertos los héroes y saldadas con su muerte las cuentas de las ingratitudes, las traiciones y los destierros, tocó el turno histórico a los agradecimientos de los favorecidos, que es uno de los modos del cargo de conciencia, y a su expresión típica, el arte conmemorativo.

Como es natural, antes nacieron los monumentos ecuestres de los estados primitivos de la conmemoración, la conmemoración de necesidad, y después los de la prosperidad. Está claro que el héroe es el hombre del tiempo difícil. Por lo tanto es fatal que traiga tras sí, inmediata o mediata, una época de prosperidad. Nos parece que siempre ha sido de tal suerte. Con la prosperidad y la veneración, con la paz pues, con la cosecha en el granero vinieron los monumentos ecuestres conmemorativos a San Martín, los bustos, las medallas, las estampillas, la pintura alegórica a la manera de los cuadros que le dedicaron Servi y Alice, y todo ese arte clásico conmemorativo de la prosperidad al héroe. Porque el arte conmemorativo tiene un momento clásico y éste es el de la prosperidad. Y el estilo de sus obras es también el estilo de la vida civil en prosperidad, cualesquiera sean los nombres de los otros estilos, los estéticos puros, con que aquél esté compuesto.

Todos los países del Continente y, salvo excepciones, todas las ciudades argentinas, aún las de menor cuantía, han levantado monumentos conmemorativos al héroe de la independencia americana. Los más importantes están en Mendoza, en cuyo Cerro de la Gloria se alza el Monumento al Ejército de los Andes; en Buenos Aires, Santiago, Washington, Boulogne sur Mer, la ciudad francesa donde el guerrero terminó los días de su existencia. Dentro de la catedral de Buenos Aires se encuentra el mausoleo que guarda los restos del libertador y ante los cuales se venera su memoria.

Y así rinde homenaje conmemorativo a San Martín el arte de una vida civil en paz y prosperidad.

«Batalla de Chacabuco», gran óleo del pintor chileno Pedro Subercaseaux.



«El abrazo de Maipú», óleo del citado pintor chileno P. Subercaseaux.